



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11155

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extra-
jero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º
y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 10 DE ENERO DE 1899

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 51.

ACADEMIA PREPARATORIA PARA CARRERAS ESPECIALES

BALCONES AZULES, 10

PROFESORES: D. Adriano Riestra, Comandante de Artillería, Doctor en
Ciencias Físico-Matemáticas.—D. Antonio Gutiérrez, Licenciado en la misma
facultad.—D. José Serrano y D. José Méndez, Ingenieros de Caminos, etc.
En 1.º de Enero empezarán las clases de preparación para la próxima con-
vocatoria de Sobrestantes de Obras Públicas.

LABORATORIO BACTERIOLOGICO

DEL DOCTOR LEOPOLDO CANDIDO

Tratamiento moderno
de las
enfermedades
crónicas y rebeldes

CONSULTORIO MEDICO

Centro general de vacunaciones

Horas de consulta
y de curación
de 9 a 11 de la mañana
y de 3 a 5 de la tarde

MURALLA DEL MAR, 68

VACUNAS.—De sarna—contra la viruela, antituberculosa y contra las en-
fermedades de los ganados.
Sueros.—Normal, antidiptérico, antituberculoso, antistreptococcico,
polivalente y artificial de Cheron.
Jugos orgánicos. Aplicación para el método Brown Séquard por la
vía hipodérmica y por la vía gástrica.
Todos estos remedios se aplican en el Consultorio y a domicilio y se ex-
ponen en la farmacia de la muralla del mar a las señoras farmacéu-
ticas.—Se hacen análisis de líquidos orgánicos, esputos, etc.

Para informes y pedidos al DOCT. CANDIDO
MURALLA DEL MAR, 68
CARTAGENA

Teléfono número 30. Dirección telegráfica: Dr. Cándido

ESTADÍSTICA FÚNEBRE

El «Cheribón», treinta y un muertos.

El «Los Andes», cuarenta y uno.

El tal, ochenta cadáveres arrojados en la inmensidad del Océano.

Y así sucesivamente, hasta que termine esta pesadilla cruel, que llamamos repatriación.

Morir, en el campo de batalla al pie de la bandera, defendiendo con heroísmo el suelo patrio; el hogar de la familia; el cementerio de los antepasados en el que al fin irán a reposar nuestras cenizas, es motivo de lágrimas y duelos; más es glorioso al fin para el patriota

que siente el alma llena de entusiasmos y exaltada de egoísmos; pero morir obscuramente en el rincón de un buque y ser lanzado por la borda al seno de las aguas que abren boquete horrible para recibir y guardar nuestro cadáver, del que solo se acordará la esposa desolada, el huérfano infeliz o la madre dolorida, es horroroso.

El caso se repite con frecuencia que altera el «Cheribón» treinta y un muertos; el «Los Andes» cuarenta y uno cadáveres arrojados al Océano...

Hay algo más sensible que la derrota, y ese algo es la repatriación, sobre todo si el pueblo que la impone y le señala plazo es como

el de los Estados Unidos, humanitario en la apariencia y cruel en el fondo.

¿Que el plazo es angustioso? No importa—dice el pueblo de mercaderes—se duplica el número de soldados en cada barco y se reduce el tiempo de la repatriación a la mitad.

¿Que hay un número considerable de soldados enfermos, muchos de ellos gravísimos, que seguramente no llegarán vivos a su país? No importa—sigue diciendo ese pueblo egoísta—que los embarquen y si no llegan vivos que los tiren al mar.

En lucha España con cualquiera nación de Europa, hubiera tal vez sentido la amargura de verse derrotada; pero por los prisioneros merecerían la consideración del enemigo, y los enfermos, sobre todo los enfermos graves, recibirían asistencia en los hospitales del vencedor con arreglo a los principios que informaron la obra meritoria que realizó la reunión bastante alabada convención de Ginebra.

Francia y Alemania se destruyeron combatiendo; pero al envainar las espadas cuando terminó la lucha, vencedores y vencidos se miraron con respeto, y se respetaron de verdad. Rusia y Turquía se acometieron con valor salvaje y se embistieron fieramente en Plewna y otros puntos memorables; pero al decidirse la victoria no lamentó el vencido otro dolor que el natural de la derrota.

Ni Francia, ni Alemania, ni Rusia, ni ninguna otra nación conocida entre las cultas, obligaría a su enemigo a la repatriación precipitada que se está haciendo con los soldados españoles, que curaban sus dolencias en los hospitales de Cuba.

Esa crueldad, nacida de la avaricia, estaba reservada para el pueblo que se dice humanitario, para ese pueblo mercader en cuya

balanza pesa más un día de recaudación en las aduanas de Cuba, que las vidas de todos los enfermos de los hospitales de la gran Antilla.

El «Cheribón», treinta y un muertos arrojados al agua.

El «Los Andes», cuarenta y uno.

¿Y qué? A los americanos les tiene sin cuidado esa estadística. Lo que les importaba mucho era posesionarse del terreno y empezar a cobrar.

EL CABO DE CAÑÓN

(Recuerdos de una campaña)

Dedicado a Cartagena en prueba de gratitud.
El autor.

Me parece que le veo, con su rostro de niño, sombreado por naciente bigote, con sus ojos vivarachos y picarescos, de mirada de aguja; la boca entreabierta por una sonrisilla burlona, dejando ver los blancos y diminutos dientes y la nariz algo respingona; vestido con el traje de paño, la gorrita a un lado y sus galonitos nuevos, con la bomba encarnada en el pecho.

—No hay en el mundo quien me tosa, amigo—decía en sus momentos de expansión arrojando una saliva estrepitosamente por el colmillo y tocándose al mismo tiempo los rizados bigotes que cubrían sus sienes.

Para el cabo Juan no había penas ni quebrantos, todo le importaba un bledo y por un millar de su sueldo de ser excoleccionista, convertía las penas en risas y las desgracias en pasatiempo de su chistosa inventiva; esto unido a un carácter decididor y arrojado hasta la temeridad, hacían de él el tipo más acabado de los hijos de Levante.

El cabo Juan era hijo de Cartagena; los vientos del Mediterráneo habían arrullado su cuna; el sol español había dado a su rostro ese color moreno-olivo distintivo; las olas le habían enseñado a querer el líquido elemento y la tormenta, al estrellarse contra las rocas de granito de la entrada del puerto, le habían acostumbrado al fragor horroroso del trueno y al fulgor del rayo.

Sus padres habían muerto cuando era niño, y se encontró en el mayor abandono.

El pobre joven tomó aliento en su propia desventura y se dispuso a correr aquella borrasca al amparo de los cielos.

Su espíritu fuerte, de raro temple, no decayó un momento, su mismo abandono redobló sus fuerzas y consiguió sostenerse a flote, en el mar en que tantos naufragaban.

III

Un día se sintió enfermo y quiso dominar la enfermedad como había dominado otras dificultades; pero, ¡ay! le faltaron las fuerzas y el pobre niño se quedó tendido en la calle, presa de una pulmonía cruel que destrozaba su pecho.

Cerró los ojos, y cuando los abrió se encontró en un cómodo lecho, en una sala espaciosa.

Velando su sueño y defendiéndolo de la muerte que se cernía sobre su cabeza, se hallaba una mujer joven, y hermosa, sepa cada del mundo por un toreo hábito.

La Caridad era hermosa flor, cuya corola sirvió de albergue al desgraciado en los momentos supremos, recogió al enfermo de la calle y le cuidaba con solicitud maternal. Juan se hallaba en el Hospital, y aquella santa mujer era la hermana de la sala, quien compadecida de su juventud y abandono, robaba las horas al sueño para salvar al herido.

Y vaya si lo consiguió, Juan curó y agradecido a tantos desvelos, a tantos cuidados mimosos, y a tantos consuelos, que le dieron ánimos para seguir la lucha por la vida, consideraba a Sor... no digo su nombre por no ofender su modestia—como una segunda madre y a ella recurría en sus momentos difíciles.

Por eso Juan se ponía serio cuando le hablaban de dos cosas: de la patria y de la caridad. Su noble pecho no olvidaba nunca los favores recibidos y en muchos momentos se le vio descubrirse al paso de una de esas valerosas mujeres que adornan su cabeza con una blanca toalla.

IV

La guerra había comenzado en Filipinas, nuestros soldados luchaban en Cavite y para cooperar con el ejército, se

LA PRINCESA DE LOS URSINOS 584

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 585

LA PRINCESA DE LOS URSINOS 586

decomponerse y llorosa, pretendiendo en vano ocultar el estado de su espíritu.

La reina se quedó sola con la princesa.

—Acabo de saber con disgusto, con un alto disgusto, que en un lugar inconveniente, en la portería de damas, estaba diciendo a todo el que quisiera oírlo, que por culpa de una de nuestras damas de honor han matado a un paje nuestro.

La reina había pronunciado estas palabras con una severidad tal, que la princesa de Tilly se aterró y cayó de rodillas.

—Perdonadme, señora, le dijo, pero me veo en un tristísimo conflicto: el paje, no murió, pero herido gravísimamente, me había sido confiado desde hace tres años por sus padres, que son unos honrados hidalgos de Asturias, arrendadores de mi maridado.

—Y eso os ha puesto las lágrimas en los ojos? dijo con aguda intención la reina. Levantada y respondió: —Porque se encuentra mezclado en este suceso el nombre de una de mis damas?

—Perdonadme de autismo vuestra majestad, dijo humildemente la princesa, si para obedecerla me veo obligada a hacerla oír pequeños repugnantes.

—Hablad, hablad sin temor; quiero saberlo todo.

—Este paje tenía amoríos con una doncella de la

condesa de Yebra: no sé cómo averiguó que esta doncella se había encargado de entregar una carta a la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves; se irritó, se hizo seguir por la doncella a su cuarto, la maltrató, y he aquí que aparece el hombre que había dado a la doncella una carta de su amor para que la entregase a la marquesa: este hombre es un tal Pommesferre, lacayo de Mr. Horacio Freyaux de la Chaguiere; salió a la defensa de la doncella, maltrató al paje, irritó a este porque, como buen hidalgo asturiano, es bravo; salieron del alcázar, y en una alameda, a orillas del río, el Pommesferre atravesó de una estocada a mi paje: me avisaron, acudí, acudí un alcalde a quien se había apellidado también, y el asunto está en poder de la justicia: mi el matador ni a su amo se le ha encontrado en su casa.

—¿Y quién mandó buscar al alcalde?

—Yo, señora.

—Y por qué, estando unido a todo esto, el respetable nombre de una dama de mi servidumbre, no habéis venido a mí con la queja?

—Hay momentos, señora, en que la sorpresa no deja lugar a reflexión.

—Sí, pero las fatigas de reflexión, señalan, con frecuencia, caras sabidas para que lo digas, como

—Y qué hemos de hacer, exclamó abrumado por todo aquel enredo Felipe V.

—La princesa ha hecho intervenir a un alcalde en el negocio, y se ha empezado un proceso, cortese sin perder su aplomo la reina: es necesario, pues, olvidarse por el momento de las pragmáticas, cortar el escándalo, recoger el principio de ese proceso, mandar llamar al alcalde, enterar al paje si muere, y que esto pase sin ruido: no quiero que de palacio salgan tales escándalos; es necesario que las gentes no fijen su mirada en el alcázar para buscar cosas que no han debido ser, que no serán más.

—Y el último resultado, todo esto ha sucedido por el celo en nuestro favor de la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves: por lo mismo, cortemos el escándalo.

—Es muy duro decir a un alcalde que cumple con su deber: detened el curso de la justicia, prisa de brazos dejad pasar un delito que habéis visto.

—Las circunstancias son más fuertes que todos los poderes: ni nos hemos colocado aún en una situación definitiva: tenemos el territorio invadido por los enemigos: ya habéis visto con cuánta temeridad se conspira: es necesario no dar ocasión a que se prevalezcan de sucesos que no hemos podido evitar, a que nos pierdan el respeto; a que digan que